

De las flores del prado
el musgo sembraré donde reposas;
y á tus pies reclinado,
deshojaré las rosas.

¡Feliz el suelo que tu planta huella!
¡Felices los capullos tentadores,
que abre tu mano bella!
¡Más felices las flores
que libar han podido
el néctar en tus labios escondido!

Si el agua arrastra el cáliz marchitado
del roto lirio, que á su curso entregas;
si el viento hace que pasen á mi lado
las hojas de los tallos con que juegas;
si con celeste hechizo,
sobre el mío inclinado tu semblante,
roza mis labios, desprendido, un rizo;
si tu suspiro escucho gemir lento,
en mi sien palpitante
batir las alas de la muerte siento.
¿Recuerdas, ángel mío, el dulce instante
en que Dios te ofreció á mi estéril vida,
como al ya fatigado caminante
la sombra apetecida?
Mi existencia, á la tuya encadenada,
desde entonces brilló siempre serena,
cual eterna alborada;
desde entonces mi vida es copa llena,
por el sediento labio no agotada.

*
* *

Marchitarán un día
los rigores del tiempo en tu semblante
los rosados matices,
y apagará la edad con mano fría
los besos que me niegan hoy tus labios
en éstas del amor horas felices.
Mas cuando tu radiante
pupila enturbie el llanto, y los agravios
del tiempo en vano llores;
cuando busques en vano en la onda pura
tu beldad, que ahora rinde á los amores,
mira en mi corazón; en él fulgura
eterna tu hermosura;

en él tu imagen, que feliz contemplo,
fiel guardaré, cual mi mejor tesoro;
como guardan las vírgenes del templo
la luz nunca extinguida
de sus lámparas de oro.

Cuando la Muerte, de otro amor seguida,
venga y apague con su aliento frío
la antorcha de tu vida y de mi vida,
si á mis votos contraria no se muestra,
extenderá junto á tu lecho el mío,
y al expirar estrecharé tu diestra.
¡Ah! Si logra su anhelo
mi alma creyente, que tu amor sublima,
con tu alma pura dejará la tierra,
cual tienden juntos en otoño el vuelo
los que igual nido encierra
cisnes amantes, y en lejano clima
buscan la primavera de otro cielo.



EL GENIO EN LA OBSCURIDAD

A JUAN REBOUL, PANADERO-POETA DE NIMES

El soplo inspirador que el alma humana
 convierte en instrumento melodioso,
 del palacio suntuoso
 menosprecia la pompa soberana.
 La púrpura y el oro es gloria vana
 para el que abate en nuestro mundo el vuelo,
 dejando los alcázares del cielo.

Calladamente baja
 sobre el aprisco solitario donde
 vela el pastor, sobre el montón de paja
 que alivia de los pobres el quebranto,
 y los misterios de la gloria esconde
 en pobre cuna que humedece el llanto.

Homero duerme, desvalido infante,
 de una esclava en el seno palpitante,
 sin tener más amparo, ni otro auxilio;
 su perdida heredad y sus ovejas
 un zagal llora con amargas quejas,
 á quien mañana llamaréis Virgilio.
 Moisés, por Dios salvado en la corriente
 del Nilo, y cuya frente
 con el divino espíritu fulgura,
 siervo infeliz, con las cansadas manos
 labra la roca dura
 que el sepulcro ha de ornar de sus tiranos.
 Siempre la sombra encierra
 y abrillanta en sus lóbregos arcanos
 todo cuanto después triunfa en la tierra.
 En el fondo del mar la perla nace;
 el oro, antes que logre su victoria,
 en las entrañas de la roca yace,
 y en ignorada obscuridad la gloria.

¡La gloria! Como el fénix del Oriente
 viene cada cien años á este suelo,
 y en la pálida frente
 que el genio consagró, recoge el vuelo.
 Su resplandor alumbró tierra y cielo;

mas, como de las fábulas el ave,
 dónde la cuna tuvo nadie sabe.
 No te asombre que un ángel de armonía
 despierte tu anhelante antasia.
 ¡Piensa en Jacob! Al triste peregrino
 que, llorando sus males,
 duerme sobre las piedras del camino
 descenden las visiones celestiales.

Inútil peso de la edad sombría,
 sobre mí vierte la opulencia el oro;
 mas ¡con cuánto placer yo lo daría
 por gozar sólo un día
 de mi hermosa y lejana primavera,
 cuando eran mi delicia y mi tesoro
 la vid pomposa y la fecunda higuera;
 cuando divinos sueños,
 al trasponer el sol remota cumbre,
 inundaban mi espíritu halagüeños,
 mientras mi madre, del deber esclava,
 encendía la lumbre
 que nuestro pobre hogar iluminaba;
 y libres de recelos y cuidados,
 á la mesa frugal después sentados,
 que el maternal amor nos preparaba,
 nuestra oración á Dios agradecía
 el pan providencial que basta al día!

LA LIBERTAD Ó UNA NOCHE EN ROMA

La luna, como el astro de luz tibia
 que iluminaba los Elisios Campos,
 los velos rasga de esparcidas nubes,
 y adormece fantástica sus rayos
 del Coliseo en los gigantes muros.
 La claridad que los enormes flancos
 pálida baña entre marchitas hiedras,
 dibuja en el recinto solitario
 sendero luminoso, y al incierto
 fulgor parece el monumento sacro
 sepulcro de un gran pueblo, que visita
 la Memoria, y en él, tras luengos años,
 viene á evocar fatídica una sombra
 en la dormida noche del Pasado.

¡Mirad! El roto muro, aún allí enhiesto,
 elevándose al cielo de arco en arco,
 asombro es de la vista, y el confuso
 laberinto abrazar quieren en vano
 los ojos. Ante el dédalo tremendo
 de pórticos y gradas, asombrados
 veis al coloso levantarse informe.
 Más allá, como frente que al infausto
 peso del tiempo se humilló, las tapias
 se derrumban, cual suelen los peñascos
 que amenazan al mar, y el mar azota.
 Aquí desciende hasta el nivel del prado
 desde la cima en desigual pendiente
 el monumento augusto, y entre el blando
 césped se oculta á nuestros pies, cual mueren
 en el valle entre flores los collados.
 En las anchas laderas descarnadas
 de esos montes de piedra, por el ábrego
 y el aquilón batidos, negros bosques
 la raíz clavan en el duro mármol.
 Allí, la hiedra fúnebre, celosa
 de la inmortalidad, cuanto dejaron
 en olvido los hombres, señorea,
 y subiendo pausada de año en año
 hasta las altas cúspides gloriosas,
 todo lo oculta con su espeso manto.
 El boj inmóvil, el erguido tejo,
 y el que guarda las tumbas ciprés santo,
 las ramas tristes en silencio elevan,
 y cuelga del antiguo artesonado
 el florido alheli, que entre las rotas
 piedras suspende su flexible tallo,
 y cual dulce recuerdo entre las ruinas,
 flojos columpia los colgantes ramos.
 Desde el cornisamento, donde esconde
 el águila su nido, de mis pasos
 oye el leve rumor, y la despierta;
 un grito lanza, que en oscuros antros
 repiten sordos ecos, y asombrada,
 al cielo sube con impulso raudo,
 y baja, y en el aire se suspende,
 las negras alas sobre mí agitando.
 Del fondo aterrador de las arcadas
 salen gimiendo con graznidos ásperos

las aves de la noche, cuyas plumas
 rozan suaves el muro derrumbado.
 Mi presencia importuna, la paloma
 medrosa ve; levanta el vuelo blando
 de ciprés en ciprés, y de una tumba
 posándose en el borde, al aire vago
 da un suspiro, cual alma desterrada
 que va errante en las sombras al acaso.
 Los vientos, en las bóvedas cautivos,
 les arrancan gemidos apagados
 y sollozos y quejas; é imagino
 escuchar el torrente de los años,
 que en sus revueltas ondas arrebatada
 cuanto audaces los hombres encumbraron.
 Deslizanse ligeras y tranquilas
 lóbregas nubes en el cielo claro,
 y ora en la sombra el Coliseo abisman,
 breves cubriendo de la noche el astro,
 ora, por tenues soplos impelidas,
 abren á sus fulgores el espacio;
 y á su indecisa luz, como un fantasma
 de otras edades, se levanta el pardo
 gigante, cuyas formas mutiladas
 negros dibujan los hundidos arcos,
 y los hondos cimientos entreabiertos,
 y los muros, que veo con espanto
 pender sobre mi frente, y en su cumbre
 esa Cruz inmortal, que en lo más alto
 levántase inclinada, como el mástil
 cuando arrostra el bajel viento contrario.

¡Oh madre de los Césares! ¡Oh Roma!
 Orgullosa mi planta, de tu austro
 huella los restos. Complacido veo
 cómo tu gloria el tiempo, paso á paso,
 borra, más que tú fuerte. ¿Por qué envidian
 los hombres á las obras de sus manos?
 No viven más sus monumentos que ellos.
 Ante la edad iguales, contemplamos,
 como consuelo á nuestro mal, sus ruinas.
 Soñar, oh Roma, en tus sepulcros amo,
 cuando vierte la antorcha de la noche,
 cual la abierta pupila del pasado,
 en tus siete colinas sus destellos,
 cuando alumbra tu cielo siempre diáfano,

y allá, de Tíbur en la selva, presta
 á los torrentes resplandor lejano.
 Al són del arpa, que las alas baten
 del agorero buho, sollozando
 te invoco amante, y al dormido Tíber
 grito de libertad ansioso lanzo,
 grito de libertad, que repetido
 escucho sólo por los ecos vanos.

¡Augusta libertad! ¡Libertad santa!
 Siempre adoré tu nombre, profanado
 por nuestro siglo audaz, como el Eurotas
 y el Tíber en los días te adoraron
 de sacrificio y gloria, cuando altivos
 alzaban frente á frente á los tiranos
 tus héroes su bandera, que teñían
 en sangre de Virginia; cuando, esclavos
 de tus leyes, corrían á la muerte
 tus Trescientos, tendiéndose las manos;
 y luego, en Uri y Unterval, volabas
 de cima en cima, cual vibrante rayo
 desde las rocas de Apenzell agrestes
 hasta el azul Lemán; cuando del arco
 de Tell sombrío la mortal saeta
 rauda lanzaste, y á tus hijos bravos,
 en los montes dispersos, reuniendo,
 como torrente asolador del campo
 caías sobre el déspota, y un régimen
 de amor basabas en tranquilos hábitos.

Hoy... ¡Comprende y perdona mi silencio!
 Del Eridano undoso al limpio Tajo
 tu nombre, que usurpó la audaz licencia,
 grito para los reyes es de espanto,
 que tronos, aras, ley, todo lo arrastra
 entre sangriento lodo (1). Solitarios
 los que te adoran, los turbados ojos
 apartan del sacrilego holocausto,
 y tu glorioso nombre, envilecido,
 no quieren pronunciar por no mancharlo.
 Cuando al sereno ensangrentado mártir
 hollaba el pie del César inhumano,
 noble fué proclamar tu nombre augusto,

(1) Escribió Lamartine esta poesía en 1822.

el puñal de Catón acariciando;
 no laureles, las palmas del martirio
 eran el galardón de tus soldados,
 y crimen era entonces un suspiro,
 y mudo el universo y prosternado
 adoraba ó temía. El universo
 despertó estremecido del letargo
 hoy, al fragor de sus cadenas rotas.
 Mas ¡oh, vergüenza!, siervos y tiranos,
 opresor y oprimidos, cuando triunfas,
 te ofrecen todos su cobarde brazo.
 Sin peligro, la ausente tiranía
 insultan, persiguiendo sin descanso
 su vana sombra, y el acento grave
 de la verdad severa sofocando,
 cuando el único déspota es la plebe,
 arrastran por el lodo el regio manto.

Tú reinas sobre un siglo que te adora;
 sólo te puede herir tu propia mano,
 ¡oh Libertad! En la veloz pendiente
 por la que rueda triunfador tu carro,
 los émulos de Bruto á miles veo:
 ¿dónde está el César, de sus iras blanco?

EL LIRIO DEL GOLFO DE SANTA RESTITUTA

EN LA ISLA DE ISCHIA

Un día, los pescadores
 al ir á la playa vieron
 un cadáver que á la orilla
 el mar condujo benévolo.
 Era una mujer hermosa,
 joven, de rostro de cielo,
 tan amoroso y tan dulce
 que aún embelesaba muerto.
 De la arena en que yacía
 nació un lirio puro y tierno,
 y desde entonces florece
 todos los años de nuevo.
 ¿De dónde vendría aquella

pálida virgen, pidiendo
 compasiva sepultura
 á los pobres marineros?
 Nadie vió en aquellos mares
 embarcaciones en riesgo;
 á la muerta no le hallaron
 ni una sortija en los dedos;
 desnuda estaba, y las olas
 eran sus únicos velos.
 Para amortajar piadosos
 el inanimado cuerpo,
 buscaron de casa en casa
 los más delicados lienzos;

para darle un ramillete,
lirios y alhelis cogieron;
al coro de las doncellas
los cánticos del entierro
encargaron; á las madres
los lloros y los lamentos.

La enterraron en la arena,
propia para el triste objeto,
cual símbolo de amargura
é infecundidad á un tiempo.
Pero endulzó el agua amarga
la piedad, que obra portentos;
cubrióse de verdes céspedes

la playa estéril, y en medio
brotó el misterioso lirio
y abrió su cáliz espléndido.

Niñas, abejas del alma,
que, en vez de miel del Himeto,
nos dais las mieles, más dulces,
del amor, coged sin miedo
la hermosa flor. Su semilla
los ángeles la trajeron;
una humilde sepultura
le dió tierra; es un misterio
su nombre, y su dulce aroma
hacé pensar en el cielo.

HIMNO DE LA NOCHE

Hundióse el sol detrás de tus colinas,
Tierra, que huella con incierto paso:
¿nunca podrán mis ojos
ver las luces divinas
de un día sin ocaso?
¿Siempre las sombras les darán enojos?
Cuando con más anhelo
miro extasiado el resplandor del cielo,
¡oh Dios!, muda y siniestra
tiende la noche el tenebroso velo;
y aún está ansiosa de admirarte el alma,
que ve en el mundo de tu amor la muestra,
y aún su ansiedad no calma
contemplando las obras de tu diestra.
¡Dios del día sereno,
Dios de la noche obscura,
Dios de todas las horas santo y bueno!
Con la espléndida luz que el sol fulgura
á ti quiero volar, de tu amor lleno.
¿Adónde va esa nube purpurina
que á Occidente camina?
A velar el umbral de tu morada,
de donde está la noche desterrada.
Mas también las tinieblas
guardan de tu grandeza los vestigios,
y te adoro, Señor, al ver cual pueblas
la noche de prodigios.

Ese fúlgido coro
de astros radiantes, que tu mano guía;
esas órbitas de oro
que bellas surcan la extensión vacía;
esos hermosos faros
nunca de luz al caminante avaros;
esos lejanos soles
de nuevos ó murientes arreboles,
todos á un tiempo mismo
cantan tu gloria, y dicen á mi mente,
Señor, que tu grandeza omnipotente
llena el inmenso abismo,
y anima tu virtud cuanto has creado.
Esos miles de estrellas,
que nadie aún ha contado,
¿qué han de ser más que polvo de tus huellas?

Extiende sin rumor, noche callada,
las páginas del libro de los cielos;
al són de la cadencia acompasada,
astros, seguid los ordenados vuelos;
detén, oh vendaval, tus raudos giros;
Tierra, apaga tus ecos y suspiros;
amansa en la ribera
tus olas, mar, y por mayor decoro
dobla, copiando las estrellas de oro,
la luz del Dios que tu raudal te diera.

Tú su nombre, Universo, no conoces.
Naturaleza en vano
une, para decirlo, sus cien voces.
—«¿Quién mi ruta marcó, Sér soberano?»
pregunta el astro, y no hay quien le responda.
—«¿Quién mi ímpetu refrena?»
dice la flébil onda
á la alta roca ó la menuda arena.
El rayo, al encender su roja llama,
pregunta al aquilón, que hórrido suena:
—«¿Cómo el Señor se llama?»
Pero el astro, la tierra, el mar y el hombre
jamás completo nos dirán su nombre.
Para el amor, oh Dios, que arde en mi pecho,
el templo que te dan los hombres píos
es mezquino y estrecho.
¡Caigan sus muros tristes y sombríos!
El infinito espacio,

¡Oh divino Arquitecto!, es tu palacio.
Ese es el templo donde eterno moras.
En la bóveda azul del firmamento
inflamas las estrellas brilladoras
al fuego de tu aliento.

La inmensa muchedumbre
de los mundos, en ella suspendidos,
flota en el mar de tu celeste lumbre;
y desde la alta cumbre,
reflejando esa luz, que tú destellas,
nos la envían el sol y las estrellas.

A tus plantas el mar calma sus olas,
sus ráfagas el viento;
á tu frente los rayos dan aureolas,
y las tormentas tímido lamento;
la aurora clara tu poder admira,
por ti el ocaso pálido suspira;
llenas la tierra, el mar y el aire vano,
y al escuchar tu nombre soberano,
de amor el orbe expira.

¿Y á ensalzarte, Señor, mi voz se atreve?
¿Quién soy? En la extensión, átomo leve;
en el tiempo veloz, fugaz momento;
sombra que rauda pasa. ¿Qué te mueve
para escuchar mi acento?

Tu bondad: ella explica ese portento.
El alma por tu sed siento abrasada;
hijo soy de la nada;
mas la nada te adora,
y por su amor asciende á tu morada.
Tú la voz no rechazas que te implora
y se levanta hacia tu excelsa altura
cuando el sol rasga la tiniebla fría;
que aún suspira al cerrar la noche oscura,
y fiel renace al renacer el día.

En el azul sereno
que claro inunda tu fulgor celeste,
donde humilde á tus pies retumba el trueno,
donde velas por mí, piadoso y bueno,
busca mi voz un Dios que le conteste;
y vibrando su trémulo gemido,
cual débil són que el eco repitiera,
va de esfera en esfera,
y á ti llega, de amor estremecido!

LAS FLORES

¡Oh Tierra, globo de podrido cieno,
en el que brotan espinosas flores!
Bendice á Dios, que derramó en tu seno
sus brillantes colores.

Ellas nos dan el bálsamo divino
que nos alienta en la cansada vía.
Sin él, en este mundo su camino
nadie terminaría.

Diríamos:—«¿Por qué, con tanto anhelo
correr hacia la tumba desalados?
Es nuestra vida estéril. En el suelo
sentémonos cansados.»

Pero siembra la diestra soberana
de esperanzas la senda de dolores
que hemos de recorrer, cual se engalana
un sudario con flores.

¡Oh pobre corazón, marchito y yerto,
lleno un tiempo de dulces armonías,
hoy hogar apagado y ya cubierto
por las cenizas frías!

El fuego aviva que tan débil arde;
no apagues, no, la lumbre brilladora;
al desmayar, la moribunda tarde
los cielos aún colora.

Muere encendido en la brillante pira
de las hermosas ilusiones que amas,
como el sol se sepulta cuando expira
entre sus propias llamas.

